



COSTUMBRES I CREENCIAS ARAUCANAS

FUNERALES DE MUJERES

EL BUDI-6 DE FEBRERO DE 1910

POR

FULJOIO ROBLES RODRIGUEZ

La mujer no ocupa en el hogar *mapuche* situacion análoga a la del marido.

Desde el momento mismo del matrimonio queda establecida su inferioridad.

La sola aficion del hombre, sin que se produzca la correspondencia de afectos, determina la union.

La mujer es mercadería que se vende mediante el precio de algunos animales, dinero, prendas de vestir i de adorno que se paga al padre, al hermano mayor o al tío.

Llega en malas condiciones al hogar que se le depara i toma para sí la peor parte de la vida.

Para ella, los trabajos pesados.

Ayuda al marido, aun durante la época de la lactancia de los hijos, en las tareas del barbecho, siembras i recolección de frutos.

La hemos visto labrar la tierra, guiando bueyes bajo ardiente sol.

No debe, sin embargo, olvidar los menesteres domésticos: prepara la sencilla comida de la familia i de tiempo en tiempo toma a su cargo el lavado de la ropa.

Teje la tela de que hace sus vestidos e igualmente el *chiripá* de los hombres.

La cubierta de sus lechos, *pontros*; i las diversas piezas que forman el aparejo de montar son confeccionados por ellas, como asimismo las vistosas mantas, en que revelan cierto arte i buen gusto en la distribución de las líneas i colores.

Preparan el *mudai*, con el que producida la embriaguez, obtendrán de sus maridos la recompensa de castigos duros.

Unánimemente, las indias andan descalzas, mientras que los hombres usan buenas botas.

De paso, advertiremos que el calzado es la última prenda que aceptan las indígenas que se civilizan.

Cuando se dirijen al pueblo cercano a hacer compras, la generalidad de las mujeres va a pie, llevando en ocasiones una criatura a la espalda, en cunas portátiles que denominan *cupulhue* i que se sostienen por medio de correas, que se pasan por delante de los hombros; mientras que los maridos cabalgan perezosamente a su lado, si no se han detenido en las pulperías de los suburbios a beber hasta embriagarse.

A la vuelta no se da el hombre la incomodidad de traer lo que han comprado i su peso aumenta el que llevaba la mujer a la ida.

Los maridos, por lo regular, comen primero, i despues se sirve a los hijos mayores, i lo que sobra es para la madre i las hijas.

Dada esta situación inferior, los funerales de las mujeres no pueden revestir la suntuosidad que es frecuente en los de los hombres.

Se las entierra calladamente en sus *eltun* sin ninguna ceremonia, que la hai, solo por escepcion (1).

El mismo dia, en la costa del departamento de Imperial en la rejion del Budi, así llamada por el hermoso lago que lleva este nombre, presenciarnos el sepelio de dos mujeres de una *chiñura*, señora, es decir, de raza española i de una anciana *mapuche*.

En ladera que da frente i a corta distancia de uno de los numerosos brazos del Budi, en espléndida mañana de verano, mientras que algunos cisnes nadaban con lentitud i pereza en sus aguas azules, como aletargados por el sol i la luz, unos indijenas labraban precipitadamente el hoyo que debia recibir un cuerpo humano.

En el espacio en que trabajaban habia un grupo de cruces, rodeado en sus dos terceras partes por un campo de trigo, cosechado ya, del cual lo separaba grandes troncos tendidos, colocados unos encima de otros, formando el cierro primitivo que se denomina de palo botado.

Altas yerbas crecian entre las cruces, sobresaliendo los *liutos* de flores amarillo ardiente.

Suspiros silvestres dejaban caer sus campanas de pálido rosado trepando por encima del cerco.

De entre la tierra café que estraian se pudo recojer algunos *metahues*, cántaros de fabricacion indijena, perfectamen-

(1) Debemos advertir que hemos notado progreso en la situación de la mujer, que ya en algunas partes va adquiriendo condicion igual a la de las chilenas de clases inferiores. No es raro encontrar a menudo en los caminos mujeres sentadas en las carretas, que guian a pié sus maridos i los vecinos de Temuco i Nueva Imperial pueden verificar en las calles de estas ciudades diariamente esta observacion.

te conservados, que fueron puestos *kufii*, como si dijéramos hace mucho tiempo, en la tumba de uno de los de la tierra, cuando en el *eltun* no eran conocidas las cruces cristianas.

No hubo ruidoso llanto al lado de la fosa ni se pusieron comestibles dentro de ella.

Los acompañantes nos manifestaron que la difunta era una viejita que habia sido cautiva, cristiana como todos ellos.

La cruz que pocos momentos despues se clavó en esta humilde tumba, talvez fué el punto final de una tragedia que comenzó en las atrocidades de un malon.

I mas tarde la cautiva se acostumbró al jénero de vida a que se le obligaba i cuando pudo salir de entre los indios, no le quedaban ni deudos ni amigos.

¿Para qué entónces abandonar la *ruca*, en donde habia pasado gran parte de su existencia?

No es raro el adaptamiento de mujeres civilizadas a la vida indijena.

Hai casos históricos ruidosamente conocidos.

Muchas tambien son las cautivas que hemos encontrado bajo el aspecto de *mapuches*.

Nos sorprendió ver un día en un banco de Temuco a una indijena que retiraba dinero de ese establecimiento i que hablaba correctamente el español.

Nos enteramos que era una chilena nacida en Los Anjeles, i que desde la edad de seis años vivia entre los indios.

Sus padres fueron con ella capturados.

Se habian internado demasiado en el territorio indijena, aclarando partè de una montaña para crear campo de laboreo y levantando una casita de tablas.

Crecida, se casó a la usanza araucana, con el *mapuche* que le servia de compañero i a quien demostraba la mayor ternura.

Recordamos que con motivo de haberse llevado el cadáver de un indio asesinado al cuartel de policia de Nueva Imperial, se reunieron en torno de él numerosos parientes.

Bajo los galpones del cuartel, en un grupo de indios, nos

llamaron la atencion dos ancianas de estatura elevada, de agraciadas facciones, de blancos cabellos i de ojos de azul purisimo grandes i rasgados.

Eran *chiñuras*.

Caciques viejos nos informaron que habian sido cautivadas en la Arjentina, de pocos meses de edad, en una de las frecuentes incursiones que los indijenos chilenos hacian allende los Andes.

No hablaban ni conocieron jamas una sola palabra de su lengua materna.

Cruzando campos de trigo, listo ya para la cosecha i ascendiendo cerros desde cuya cumbre se divisa buen espacio de mar i desde donde se dominan lomajes ondulados, que en combinacion con el Budi, cubierto de islas, forman perspectivas que imposibilitan la descripcion i aun la pintura, al descender a la falda opuesta, divisamos grupos de indios en una vega i caballos ensillados, que sin sus frenos, pacian tranquilamente.

Aproximándonos, vimos un bulto sobre una especie de anjarillas, en el suelo, cubierto con ropa de mujer i rodeado de cantarillos de *mudai*, huevos, pan i carne asada.

Era el cadáver de una anciana, al cual se tributaban honores fúnebres.

Su colocacion estaba dispuesta de oriente a poniente, con los pies dirigidos a este último punto, como indicando el lugar *nomé lafquen*, al otro lado del mar, a donde se dirijiria la difunta.

Acompañaba al cadáver, mui cerca del sitio en que yacia, un grupo de mujeres, las parientes inmediatas.

No léjos de él, negreaba un conjunto de vasijas de variadas dimensiones, tapados sus golletes con hojas frescas i que contenian parte del licor destinado al consumo de los acompañantes.

Más distante del cadáver había grupos de hombres i gru-

pos de mujeres, sentados en la yerba i que repretaban familias invitadas al acto.

Los parientes repartian *mudai*, carne i pan.

Nos llamó la atencion un sujeto vestido mas o ménos correctamente a la española con traje de reciente factura i que supimos era el hijo mayor de la muerta. Este hombre dejaba ver la tristeza sincera que lo poseia. Llegado sólo diez dias atras de la Arjentina, habia encontrado a su madre de buena salud i nunca pensó que la perderia tan pronto.

De rato a rato, a medida que las obligaciones que le estaban impuestas por la hospitalidad, le dejaban tiempo, se ponía a los pies del cadáver, i cruzándose de brazos, permanecia en muda contemplacion.

La muerta se llamaba Ayequil Ancañ Queipú i su fallecimiento habia sido obra del daño que le causó una *calco*, bruja.

La anciana habia recibido en visita a la vecindad un jarro de vino obsequiado por la parienta María Huenchuleo, en que estaba contenido el veneno.

Con la conviccion profunda acerca de la causa de la enfermedad que acabaria con ella, hizo llamar testigos para comunicarles el nombre de la persona culpable a fin de que lo pusieran en noticia de sus parientes i no encontrándose otro que Antonio Levío, uno de los que concurrían a esta reunion, le confió que quien tenia la responsabilidad del mal de que iba a sucumbir era la ya nombrada Huenchuleo.

Levío, refiriendo estas incidencias, agregó como dato ilustrativo al cual él i los que le escuchaban atribuyeron la mayor importancia, que apénas la anciana pronunció el nombre de María Huenchuleo cuando ésta entró a la *ruca*.

El hijo mayor de la estinta, para adquirir entera certidumbre acerca del culpable, queria proceder a la apertura del cadáver por medio de un *malilufe*, indijena práctico en estas operaciones: del exámen de la hiel resultaria inequívocamente la revelacion de quien lo habia sido, de la sustancia que produjo la muerte i de la ocasion precisa en que fué administrada.

Hicimos llamar a la culpada i compareció una jóven flaca de aspecto simpático i que tenia en sus brazos una sucia criatura.

Con timidez se nos acercó i luego fué rodeada por muchos de los presentes.

Le preguntamos por qué motivo habia puesto veneno en el jarro de vino que ella misma habia obsequiado a Ayequil i respondió que no le habia dado vino sino carne, que quien le habia regalado lo primero era una mujer que nombró i que por encontrarse en el grupo cercano al cadáver, fué llamada a contestar la recriminacion.

Acudió la mujer i al cabo de la imputacion que se le hacia, protestó en altas voces, haciendo ver que lo que pretendia la Huenchuleo era descargar en otra persona la responsabilidad que sobre ella pesaba.

Los presentes se pronunciaron a su favor i reprobaron la calumnia de la *calco*.

Al ver la irritacion de los indígenas contra esta pobre mujer, les espresamos que no era culpable, que debian desechar toda mala intencion en contra de ella.

Como lo esperábamos, nuestra palabras produjeron el peor efecto i el hijo mayor de la muerta espresó a otros indios que seria inoficioso abrir el cadáver, toda vez que iba a resultar inútil la revelacion del culpable que tenia asegurada la impunidad.

—¿Qué castigo dan a los *calcos*? preguntamos.

Se nos contestó que en la actualidad no se les infligia ninguno por temor a las autoridades que se obstinaban en cerrar los ojos ante la evidencia de sus fechorías. Nunca fué creído Pedro Paiñen, agregaron, el cacique rico muerto hace un año, que trabajó mucho por concluir con ellos i que aprehendió a varios i los llevó a las autoridades de Baja Imperial que no le hicieron ningun caso i que los dejaron en libertad para que siguieran cometiendo de las suyas.

La creencia en los daños de los *calcos* tiene tan hondas raíces en los araucanos que los mismos civilizados no pueden desprenderse de esta preocupacion de raza.

Uno de apellido Paillalef que sabia leer i escribir, primo hermano de otro del mismo apellido que a la sazón era rejidor de la Municipalidad de Baja Imperial, refirió que un pescador, hermano suyo, a quien queria estrañablemente habia sido victima de un *calco* que le hizo daño con un poco de de harina de trigo que le dió.

El pescador estuvo enfermo algunos meses ántes de fallecer.

La mañana en que acaeció el desenlace fatal de la enfermedad, mui de madrugada, despertó a su hermano que dormia cerca de él, anunciándole que a las doce en punto moriría, porque a esa hora se enteraba el plazo de tres meses a contar desde el dia que fué victima del maleficio.

Ninguno de los de la familia creyó en el anuncio, porque precisamente habia amanecido mejor. Sin embargo, llegada esa hora falleció

—Ya vé, señor, dijo Paillalef, que tengo motivo para desconfiar de los *calcos*.

Como otra de las manifestaciones de esta persistente preocupacion, consignaremos, entre muchos que recordamos, el caso de Clorinda Marileo que fué casada con Lizama Huaiquin, del lugar Huampo-Mallin, del departamento de Imperial, a quien su marido repudió por atribuirle los manejos de hechicería que causaron la muerte de dos hijos habidos con su otra mujer i de dos sobrinos que vivian a su lado.

La despidió entregándole relijiosamente todas sus prendas sin formar cuestion para que le devolviera lo que por ella habia pagado.

Interesados en que testigos oculares nos refirieran el modo como se castigaba antiguamente a los *calcos* no nos fué difícil encontrar en la concurrencia ancianos i ancianas que hubieran presenciado el sacrificio de algunas mujeres tildadas de brujas.

La vieja Callfú Huenteleo, deferente a nuestra curiosidad, nos hizo saber que cuando niña de cortos años, murió uno de sus vecinos cuyo cadáver fué abierto con el objeto de pesquisar las huellas del daño. Averiguado en forma que no

quedaba la menor duda quien habia sido el delincuente, el deudo mas caracterizado del ofendido, llevando como séquito la numerosa parentela, se dirijió a la *ruca* del cacique a poner querella. El cacique convocó a sus colegas i el asunto fué sometido a debate que terminó en el acuerdo de aplicar al culpable, que lo era una anciana, la pena capital.

De madrugada, un tropel de jente, invadió la vivienda de la *calco*, dormida aun, i a empujones la condujeron a una laguna cercana i la degollaron.

Callfú Huenteleo estimó saludable i eficaz este procedimiento para evitar la muerte de muchos, pues, los *calco*, sabiendo la suerte que les estaba deparada, se detenian en sus maleficios, pero hoi que las autoridades *huincas* los apoyan prohibiendo la antigua justicia, los *mapuches* mueren jóvenes; es una maldad que siendo hermanos todos, se estén acabando los unos con los otros. Ella tenia mucha familia i hoi está sola, porque se le ha concluido «mermada» por los *calcos* que ya no respetan nada.

Segun la vieja, los *calcos* preparan sus misturas i venenos en lo más impenetrable de la montaña i los confeccionan de la hiel de lagartos, sapos i ranas i de toda especie de sabandijas. Nadie los ha visto en sus manipulaciones; pero esto se sabe por confesion de algunas brujas cuando se las ha tomado prisioneras.

Bartolo Caullan, indio viejo de la misma rejion del Budi, que usaba indumentaria no llevada hoi por los *mapuches* i que se componia del *chamal* en forma de sotana, manta listada, pequeños aretes de plata pendientes de las orejas i echada atras la abundante i récia cabellera, a modo de melena; avanzó la opinion de que la muerte de sus conterraneos ocurría siempre por los hechizos de los *calcos* que deberian ser castigados como en tiempo de sus mocedades. Habia él asistido a algunos de estos ajusticiamientos, para los cuales era necesario como lo observó, el acuerdo prévio de los caciques vecinos, que si se prescindia de él, podian sobrevenir peligrosas luchas intestinas. Caullan habia visto el sacrificio de una anciana considerada autora de un daño:

mapuches a caballo le echaron *pehual* al cuello, es decir, lazada corrediza i la arrastraron grantrecho a todo correr de sus bestias. Llena de contusiones i magulladuras con la nariz aplastada i el rostro tan desfigurado que no se le conocia, colgando el cuero de la frente, que permitia ver el hueso, la pusieron, agonizante aun, entre cuatro hogueras i la quemaron.

Para agotar el testimonio de personas que hubieren presenciado tau bárbaras costumbres, hicimos comparecer a Cheuque Martin, indijena de la misma vecindad, que nos fué indicado como testigo ocular i nos hizo relatos acordes con los anteriores.

I el temor a las autoridades no es tan grande que no se atrevan de tiempo en tiempo a renovar sus antiguos procedimientos contra los *calcos*, como pasó con una anciana, hace tres o cuatro años, que fué asesinada en Truf-Truf cerca de Temuco una tarde miéntras sacaba agua de una fuente medio oculta entre espesas quilas. La familia ofendida denunció el hecho a la justicia, pero los indijenæs enredaron de tal modo la investigacion que no fué posible poner nada en claro.

Siguieron los concurrentes comiendo i bebiendo hasta mas de la media tarde.

Al hacer sus libaciones, derramaban en el suelo un poco de líquido «para convidar a la muerta» segun decian.

Una mujer, nuera de la difunta, se colocó a los piés del cadáver, comenzando luego a lamentarse en alta voz i prorrumpiendo en llanto.

Mucho espacio duró la doliente queja.

Al poco rato, otras mujeres se pusieron tambien de piés rodeando el cadáver e hicieron coro a estas lamentaciones.

Era el último testimonio de sentimiento que le rendian antes de llevarlo al *eltum*.

Cuatro *mapuches* cargaron las angarillas i lo condujeron a él.

Abria la marcha una mujer a caballo a la manera masculina como es su costumbre.

Esa mujer montada era emblema de los buenos deseos de los acompañantes, representando materialmente los caritativos votos que hacian para que la difunta pudiera tambien, en su nueva vida, disponer de un caballo i se evitara las molestias de la marcha a pié.

Tras el cadáver seguian las mujeres.

Sobre un montículo i entre altas matas de cardo se erguan cruces i figuras de madera que los indios colocan en los sitios en que yacen muertos.

Abierta la sepultura, fué bajado el cuerpo en las mismas angarillas cubierto con sus ropas i un gran *pontro*.

El cuerpo dentro de la sepultura conservó la posicion que tenia en el campo: de oriente a poniente.

Se le acomodó a los lados, huevos, carne asada i vasijas con licor.

Se le derramó, en seguida, aguardiente i *mudai*.

Una jóven *mapuche* de cuerpo esbelto i de ojos intensamente azules, que acusaba su orijen europeo, sacrificó al borde de la tumba una gallina i aleteando aun la arrojó a él con el objeto de que la anciana la tuviera para hacer crias en el otro mundo.

Un haz de palos de *coligüe* aguzado en uno de sus estremos fué puesto en el hoyo por una vieja a fin de que la muerta se sirviera de ellos como asadores.

Con un tronco de roble ahuecado que denominan *lufco* se cubrió el cadáver.

Antes de ponerle tierra una de las parientas avanzó ámbas manos sobre la fosa sosteniendo gran cantidad de joyas de plata de la difunta, miéntras otra derramaba encima *mudai* con la cual se lavaban las alhajas cayendo el líquido sobrante dentro de ella.

Las mujeres arrojaron puñados de polvo sobre el *lufco* que

mui pronto fué tapado con paladas que precipitadamente le echaban unos indios.

En lo alto, a plomo sobre la sepultura, se balanceaba lentamente un enorme jote.

EULOJO ROBLES RODRÍGUEZ.

